

SUMARIO

Los dos sistemas, por el capitán Subrio Escápula.—Recuerdos de Alemania, por Carlos Requena, capitán de ingenieros.—El ataque y la crisis en la batalla, por Von Vogel.—Educación del patriotismo, por Emillo R. Tarduchy, capitán de Infantería.—¿Baterías mixtas?—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliego 14 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordone, primer teniente de infantería.

Pliegos 11 y 12 de **Nueve meses en el ejército alemán**, por D. Carlos Requena.

Pliego 55 de **Geografía Universal**, por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

LOS DOS SISTEMAS

En un periódico militar extranjero, que se distingue por la veracidad de sus informaciones, leo que la oficialidad del ejército japonés se componía, el 31 de Marzo último, del personal siguiente:

18 Generales.

31 Generales-tenientes.

89 Generales mayores.

1 Intendente general.

1 Inspector de 1.^a clase, de Sanidad Militar.

6 Inspectores de 2.^a clase, de Sanidad Militar.

A mas	Coroneles	T. Cor.	Comands.	Capit.	P. Ten.	S. Ten.
Infantería	116	263	437	1178	901	4992
Caballería	13	19	53	198	174	223
Artillería	39	73	137	698	465	540
Zapadores	17	22	67	174	—	229
Total	185	377	694	2248	1540	5984
Gendarmería	3	2	12	51	5	37
Administración	13	19	74	285	175	515
Sanidad	22	32	130	464	265	377
Veterinaria	1	6	22	77	36	58
Total	39	59	238	877	481	987

Comparándonos á la oficialidad de las cuatro armas de combate, y comparando su número con las cifras que arroja nuestro *Anuario* resulta que

tenemos 212 coroneles, 422 tenientes coroneles, 978 comandantes, 1305 capitanes y 691 primeros tenientes más que el ejército japonés y 5533 segundos tenientes menos; es decir que, poseemos jefes para un ejército doble que el japonés y capitanes para un ejército igual á una vez y media aquel, á pesar de que los efectivos de paz de las tropas de aquel imperio son triples que las nuestras.

Al leer esto, no faltará seguramente quien exclame: ¡Oh admirable previsión la de los nippones, cuyo ejército tiene menos coroneles que regimientos, menos comandantes que batallones y menos capitanes que compañías! Y de aquí nacerá todo un curso de enseñanzas profundas y de sutiles reflexiones, cuya moraleja final será el trinar una vez más contra nuestra imprevisión legendaria.

Antes de que esas enseñanzas tan profundas como hueras ofrezcan materia para sus disquisiciones á los eruditos de profesión, hagamos algunos comentarios sobre el cuadro que encabeza estos renglones, y deduzcamos de ellos el *sistema* del ejército japonés para compararlo con el nuestro.

Cuando los japoneses organizaron su ejército á la moderna, aplicaron las teorías alemanas llevándolas al último grado de pureza. Las plantillas fueron reducidas á lo indispensable y de ello resultó: 1.º una economía muy grande en el presupuesto; 2.º la perfecta preparación del ejército para la guerra, porque no había jefe ni oficial que no tuviera un mando adecuado á su empleo, y pudo, por consiguiente, familiarizarse con las funciones de su categoría. Todo marchó á pedir de boca durante la paz, y la sobriedad nippona se manifestó en esto como en los demás órdenes de la vida.

Pero sobrevino la guerra con Rusia, y las matanzas que tuvieron lugar en la Manchuria comenzaron á hacer estragos en la oficialidad; no disponiéndose de oficiales para llenar las bajas, se abrió la mano en las Academias militares, se limitaron los ascensos, y llegaron á dictar órdenes terminantes para que los oficiales no expusieran tanto su vida en los combates. El ejército japonés, falto de oficiales, atravesó una crisis muy honda en los últimos tiempos de la guerra, de la que consiguió escapar gracias á la atonía de los rusos y á la imprevista paz de Portsmouth; pero todos pudieron advertir en los últimos encuentros, que aquellas admirables tropas no dieron ya los ejemplos de iniciativa y ardimiento que tanto renombre les conquistaron en las primeras batallas, deficiencia que en gran parte se debió á la carencia, en número suficiente, de los elementos directores.

Terminada la campaña, la reducción de los efectivos de guerra á los de paz no disminuyó la necesidad de oficiales, porque el número de divisiones aumentó y se dió una organización más eficaz á las reservas; fué menester cambiar el procedimiento, y en las Academias militares admi-

tiéronse gran número de aspirantes, no se les sujetó á las rigurosas pruebas de otros tiempos, y en pocos años más de cinco mil segundos tenientes han venido á formar el plantel de los futuros jefes y generales.

Los militares aguerridos y experimentados no pudieron obtener los ascensos á que les habian hecho acreedores sus merecimientos, con lo cual el verdadero perjuicio ha sido para el país; pero, en compensación, es de presumir que serán excelentes maestros para los jóvenes recientemente salidos de las Academias. Antes, sin embargo, de que estos últimos, estén en aptitud de mandar batallones, transcurrirán muchos años, y entretanto aquel ejército no dispondrá de los cuadros suficientes para pasar al pie de guerra; y no solo esto, sino que de aquí á veinte años apenas quedará un solo general, jefe ú oficial que haya oído silbar las balas enemigas. En otros términos más claros: el futuro ejército japonés no se sabe lo que será: podrá ser mejor ó peor que el actual, pero entre uno y otro existirá una solución de continuidad.

Esto será muy japonés, pero es poco alemán y no tiene nada de previsor.

Un pueblo de cuarenta y tantos millones de habitantes, encuentra sin dificultad algunos centenares de jóvenes que después de pasar por pruebas muy duras dan un contingente de 500 oficiales al año; pero al atenuarse los rigores de la escuela, al simplificarse las pruebas y triplicarse ó cuadruplicarse el número de los oficiales ¿se mantendrá la colectividad á igual altura que antes? Y si sobreviniera otra guerra con un país civilizado ¿qué haría el Japón sin jefes y con un número abrumador de oficiales subalternos? Este es uno de los varios puntos de vista que no deben dejarse de tener en cuenta cuando se habla de los posibles conflictos entre el Gobierno del Mikado y los de otras naciones: el Japón necesita ser prudente, porque por su poca previsión, la guerra ruso-japonesa casi exterminó el nervio de su ejército, y han de pasar bastantes años antes de que éste alcance la potencia psíquica é intelectual de que gozó últimamente.

En resumen: el *sistema* japonés ha consistido en no aumentar las plantillas de jefes y capitanes en tiempo de guerra, no llenar apenas las bajas en esos empleos, y en compensación, apenas hecha la paz, multiplicar en número, á expensas de la calidad, las promociones de segundos tenientes.

Dicho esto, ya no parecen tan admirables ni dignos de imitación los cuadros que han servido de base á estos argumentos; delatan un mal gravísimo y pintan una situación poco envidiable.

El *sistema* nuestro es el opuesto al japonés. Prescindiendo, y es mucho prescindir, de la carga forzosa que impuso á nuestras plantillas la disolución de los ejércitos de Ultramar, en tiempo de guerra—hablamos solamente de veinte años á esta parte—se han cubierto con prodigalidad

las vacantes de jefes y capitanes, de donde ha provenido un excedente considerable, la paralización de las escalas y la necesidad de dar ocupaciones poco militares á gran parte del personal. El vicio se ha mantenido íntegramente, pero se ha querido descartarlo para lo sucesivo mediante la limitación en el ingreso en las Academias militares. Resultado de esto es que disponemos de excesivo número de jefes y capitanes, aunque hayamos de sostener una guerra, y nos faltarán oficiales en cuanto moviliemos un par de divisiones.

Siguiendo un camino diametralmente opuesto al japonés, el resultado es el mismo. Las plantillas no obedecen á las necesidades de guerra.

El sistema japonés es más económico y permite mantener al frente de las tropas á los oficiales más caracterizados, pero es menos justo, moralmente hablando, y resulta ineficaz.

El sistema español es más caro y da lugar á que una parte del personal no ejerza el mando y olvide sus funciones, pero es más equitativo, y también resulta ineficaz.

En el Japón, los oficiales que por milagro se libraron de las balas rusas, pagan sus glorias con la paralización de sus escalas. las ventajas serán para los jóvenes que vienen detrás. En España, las ventajas no son para unos ni para otros.

Pero lo que importa no es esto. Lo que al país y al ejército le interesa es que se resuelva un problema que hasta ahora está sin resolver. Alemania es quien ha encontrado la solución más satisfactoria, aunque no lo es completamente. Francia y otras naciones han dado con ella en el papel, mas estamos convencidos de que la experiencia destruirá las ilusiones que se han forjado en la oficialidad de segunda línea. Y en los extremos opuestos de la línea, aparecen el Japón y España. En el primero encontramos la demostración de que estando el ejército destinado á la guerra, las plantillas de paz no satisfacen las necesidades y son un motivo de debilidad cierta y futura; y en la segunda, la experiencia nos dice que las plantillas de guerra son excesivas y funestas, no ya por lo costoso y caro del sistema, sino porque sobrando oficiales para las atenciones de paz, se enmohecen las facultades de los oficiales, se desvirtua el mando y se pierden los hábitos que han de desplegarse en la guerra.

Todos estamos persuadidos de la verdad de esta conclusión; pero antes de remediarla meditemos en la enseñanza que nos ofrece el Japón, porque si cayéramos en el extremo opuesto no habríamos hecho más que agravar el mal, sobre todo si se tiene presente que nosotros no tenemos delante á los chinos, ni nos separan de posibles rivales los desiertos siberianos ó inmensísimos mares: nos encontramos en Europa, y frente al yunque en que las grandes potencias han comenzado á probar sus armamentos.

RECUERDOS DE ALEMANIA

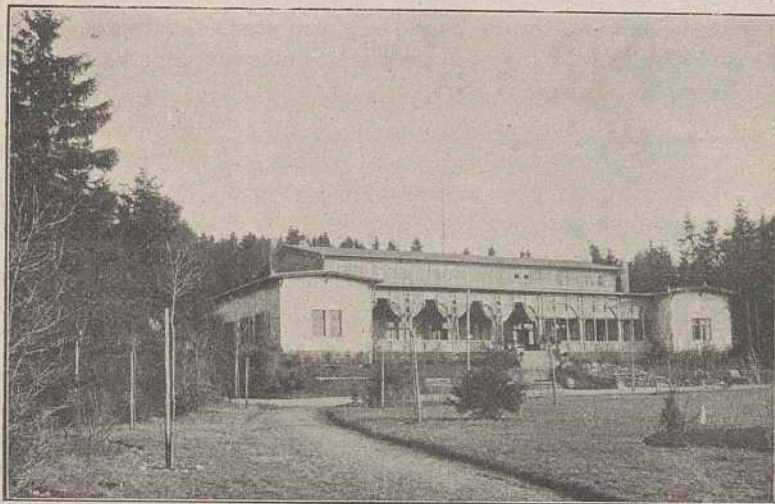
EL CAMPAMENTO DE EISENBORN

Cerca de la frontera belga, en la provincia de Aachen, se encuentra el célebre campamento de Eisenborn, á donde asisten por turno todos



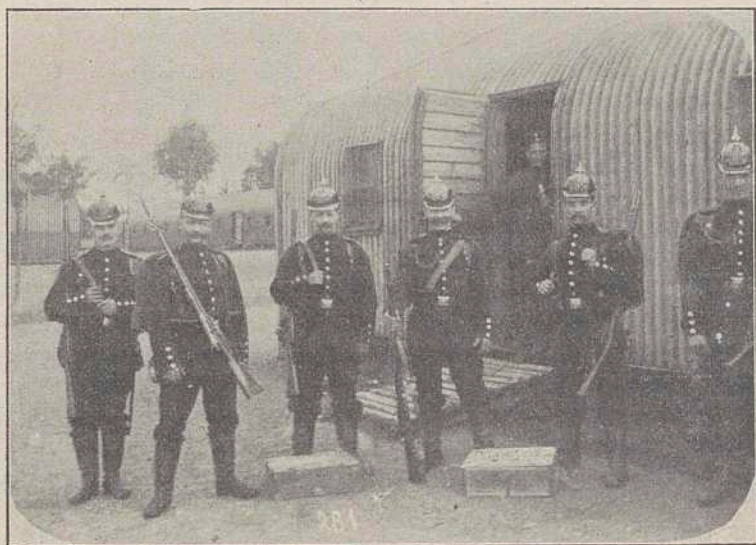
Vista general del campamento de Eisenborn

los cuerpos del 13.º Cuerpo de Ejército, á efectuar los grandes ejercicios tácticos y de tiro, desde batallón en adelante. Las fotografías adjuntas



Terraza del casino de oficiales

dan una idea de los barracones y de la capacidad del campamento. Una visita al mismo nos llenaría de asombro al contemplar los suntuosos edificios para alojamientos de oficiales y tropa, la vía férrea militar, el teatro, restaurantes, etc. y sobre todo las instalaciones de la Administración



Caseta de palastro ondulado

Militar, entre las que se encuentra la gran secadora mecánica, enorme y complicada maquinaria, en donde se secan en unos minutos los trajes de los soldados, después de los frecuentes aguaceros, que tan penosa suelen hacer la vida en este campamento.

CARLOS REQUENA
Capitán de Ingenieros

EL ATAQUE Y LA CRISIS EN LA BATALLA

«La defensiva estratégica debe buscar la resolución en el momento en que para el atacante va á presentarse el punto culminante de la victoria.»

Por este punto culminante entiende Clausewitz la llegada de la crisis para el atacante estratégico, el momento en que alcanza el máximo el vigor del ataque, exponiéndose, si se continua éste, á los peligros del cansancio y de la confusión; el instante en que se puede obligar al hasta entonces vencedor, á interrumpir su ofensiva y reducirle á defender los puntos conquistados.

La defensiva estratégica debe utilizar esta crisis para arrebatarse la victoria al atacante cuando éste haya llegado al punto culminante de sus progresos.

Esta doctrina del punto culminante estratégico es fundamental en la ciencia de la guerra. Las últimas campañas han demostrado que, no solo en el ataque estratégico, sino también en el táctico se presenta su punto culminante, la crisis de la batalla,

Las causas, la existencia y los efectos de la crisis en la batalla, las consecuencias de la crisis para el ataque, la influencia recíproca sobre la dirección táctica en los dos partidos, se estudian á continuación.

El 6 de Agosto de 1870 proyectaban los franceses y alemanes la incorporación á primera línea de las tropas que estaban más á retaguardia, con objeto de que fuera fructuoso el combate que proyectaban para el 7 de Agosto. Ninguno de ambos adversarios deseaba que la batalla tuviese lugar el día 6, de modo que el combate comenzó para los dos ejércitos con la crisis de «una situación imprevista.»

«Ningún plan de operaciones alcanza más allá del primer encuentro con la masa enemiga principal». La batalla empieza entre las «nieblas de la incertidumbre», y á ningún general de menor talla que Moltke le será fácil hacer frente á las exigencias de una situación creada por hechos tácticos no previstos, y adaptarse á la nueva situación.

Las operaciones y preparativos tácticos de los días 5 y 6 de Agosto son lo bastante conocidas para que nos limitemos á mencionarlas solamente en lo preciso para examinar aquella crítica situación.

Para apoyar el cambio de frente hacia el O., el II cuerpo bávaro recibió, el 6 de Agosto, la orden de observar Bitche con una de sus divisiones y Langensulzbach con la otra. «Si en la mañana del 6 de Agosto se hiciera perceptible el cañoneo hacia Woerth, debería marchar una división contra el flanco izquierdo y la línea de retirada de los franceses.»

Semejante orden debía producir una crisis: hacia depender el movimiento de avance de los bávaros de que se hiciera perceptible el ruido de la batalla, sin contar con la inevitable atracción creada por las avanzadas enemigas. Para evitar la batalla, debiera haber recibido el Cuerpo una orden explícita y terminante; solamente así se hubiese conseguido que el Cuerpo obrase de conformidad con el pensamiento del gran cuartel general.

La causa táctica de la batalla fué, como es sabido, el violento reconocimiento de las avanzadas del V cuerpo de ejército. Este, con las fuerzas dispersas, emprendió el ataque en armonía con la orden del general von Kirbach, para que el reconocimiento á viva fuerza no pesara solo sobre las avanzadas; y de ahí se produjo una crisis más amplia. La llegada apresurada de las tropas del V cuerpo bajo el acicate de sucesos

que se presentaban confusos, así como las resoluciones independientes y las contraórdenes crearon la situación táctica. Los cuerpos V y XI se encontraron de este modo en las circunstancias de un combate de encuentro contra una fuerte posición enemiga no reconocida de antemano. Tal situación quedó rodeada por las circunstancias críticas de no haberse efectuado reconocimientos, de desembocar aisladamente las columnas de marcha sin aguardar á la artillería para que con sus fuegos apoyara el despliegue, de avanzar hacia Woerth sufriendo grandes pérdidas y exponiéndose á descabros y crisis peligrosas la ejecución del ataque.

La crisis más peligrosa de la batalla, provocada por órdenes, contraórdenes y el desorden, hubiera sido la orden del gran cuartel general disponiendo la ruptura del combate y la concentración frente á Woerth, si mientras tanto no hubiese ordenado ya el general von Kirbach el ataque general contra aquel pueblo.

Desde el punto de vista psicológico interesa en primer término la conducta del general von Kirbach. ¡Qué responsabilidad la suya, cuando comenzó la batalla sin haber recibido la orden del gran cuartel general! Para Kirbach era evidente que en aquella ocasión, como en otras muchas en la guerra, lo imprevisto juega mayor papel que las disposiciones dictadas desde puntos alejados del lugar del combate. Comprendió que aun cuando desde el punto de vista táctico era posible interrumpir la batalla, no dejaría de producirse una profunda crisis moral.

«La victoria, que á veces se ganará contra lo que haya dispuesto el general en jefe, no es pérdida para el conjunto de las operaciones, pues cada victoria acarrea ámplios efectos por si misma. El general en jefe la tendrá en cuenta en sus cálculos, como todos los demás factores, para modificar su pensamiento en el curso de la campaña (1).»

La batalla de Woerth fué promovida anticipadamente por un violento reconocimiento ofensivo. Tal ataque exigía adecuadas disposiciones, las cuales solo podía dictar un general que hubiera planteado previamente el combate. Todo combate proyectado, pero no ejecutado de un modo sistemático, conduce necesariamente á una crisis, á condición de que el adversario al adoptar sus medidas se coloque en un acertado punto de vista. Solamente cuando se dispone de suficientes y bien apostadas reservas puede el general librar un combate previamente meditado. Faltando estas reservas se cae en el peligro de exponer las tropas á una crisis imprevista. Para el hombre que está en la línea de fuego despertará la orden de retirada, siempre é instintivamente, el sentimiento de una resolución desagradable; la reunión de estos particulares sentimientos instintivos puede conducir á un pánico, el cual solamente pueden contener unas reservas fuertes y en aptitud de imponerse.

(1) Moltke, carta del 14 Enero 1871.

A pesar de todos los modernos progresos, mientras haya guerra será necesario recurrir al combate para obtener una información segura. Al alto mando corresponde que las crisis aludidas sean lo más remotas posible. Según un conocido párrafo de nuestro excelente Reglamento, el jefe de la fracción encargada de un reconocimiento debe tener las manos muy atadas; tanto más, cuanto que en la moderna batalla el avance se ejecutará por pequeños cuerpos independientes.

El justo medio entre el enérgico impulso y una prudencia exagerada es extraordinariamente difícil. Precisamente el mayor peligro reside en el desequilibrio entre ambos modos de obrar. Bastó en Woerth el fuego de una batería de las fracciones de reconocimiento, para provocar el fuego de seis baterías de ametralladoras y tres baterías de artillería; pero hoy ya no es posible contar con que el enemigo se descubra tan precipitadamente. Las guerras del Africa del Sur y de la Manchuria han demostrado que solamente el adversario descubre su juego cuando es objeto del más violento ataque.

La crisis, á que en Woerth estuvieron sujetos los cuerpos V y XI por la entrada en línea de fuerzas dispersas que llegaban en orden de marcha y por la falta de fuegos de preparación de infantería y artillería, debió ser vencida por la iniciativa de los generales subalternos, los cuales consiguieron variar el aspecto del combate gracias á sus disposiciones, aunque independientes entre sí, acertadas y rápidas. La tendencia de todas las tropas á marchar adelante á toda prisa, no fué fruto del rutinario axioma de «marchar al cañón», sino obra de una iniciativa consciente y meditada. Esto, favorecido por la completa pasividad en que se habían educado los generales franceses, pudo poner término á la amenazadora crisis.

En Spichenen se repite el mismo cuadro. La batalla fué empeñada por la 14.^a división, sin orden del alto mando; pero gran culpa le incumbe á éste por su conducta demasiado indiferente durante el avance de aquella división. La profunda crisis que sobrevino terminó también victoriosamente por la estrecha armonía que guardaron todas las tropas, acudiendo precipitadamente y con independencia unas de otras cuantas columnas se encontraban en disposición de tomar parte en el combate.

«Cabalmente la fuerza moral del ataque alemán y sus avasalladores efectos deben buscarse, no solamente en la timidez del alto mando francés, sino también en la de las tropas, á quienes las vacilaciones de sus generales arrebatan la energía.» (Lehaucourt, La guerre de 1870.)

El momento psicológico ha jugado en todos los tiempos brillante papel en la guerra. Para el atacante en particular, en la batalla podrán producirse crisis porque exigencias ó circunstancias imperiosas sojuzguen el ánimo y la voluntad del general en jefe.

Algunos no han tenido en cuenta que una situación incierta ó confusa, producida en parte por ser desconocido el terreno del ataque, no impedirá que ciertos jefes se entreguen á un examen tranquilo y sereno, mientras que otros, en presencia de un desarrollo de los sucesos que no aciertan á comprender pero cuyos efectos tocan, se sentirán impulsados á la irresolución ó, por el contrario, á avanzar impetuosamente. Todos los generales saben que solamente el ataque podra despejar la situación, pero en el fondo cada cual obra conforme á su caracter. Mientras uno quiere evitar á toda costa la crisis amenazadora que puede resultar del ataque, otro, que confía en sus propias dotes de mando, no vacila en arriesgar sus fuerzas y provocar la crisis.

Si el jefe está seguro de sí mismo, sus tropas confiarán en él, y ni una amenaza imprevista, ni la crisis que nazca de la marcha del ataque harán variar su resolución una vez la haya adoptado.

Rara vez se encontrará el general en jefe frente á una situación completamente despejada antes del comienzo del combate. Por este motivo debe limitarse la orden de ataque á señalar las disposiciones generales para el principio y el desarrollo de la acción. El jefe debe permanecer tranquilo si ha adoptado todas las medidas para mantener la unidad de acción durante la ejecución del ataque, y disponiendo de tropas de refresco para emplearlas en el punto adecuado en caso de que sobrevenga una repentina crisis ó para cuando llegue el momento culminante del ataque.

Según esto, podemos establecer la siguiente correlación entre la crisis de la batalla y el ataque, desde el punto de vista táctico:

El factor impulsivo se encuentra en las insondables leyes que regulan lo «imprevisto» en estrategia y táctica. El factor resolutivo consiste en saber lo que se hace y en la enérgica disposición de los elementos del ataque. Lo mismo que la estrategia, el moderno ataque táctico no es más que un «sistema de apoyos», indicados en este sistema y dependientes de él.

El ataque busca la resolución con todas sus fuerzas; la defensa procura aplazarla hasta que se presenten favorables condiciones, y entretiene al ofensor valiéndose de todos los medios estratégicos, tácticos y técnicos, hasta que el atacante haya agotado sus fuerzas. Este es el instante más peligroso para el ofensor y la más favorable crisis para la defensa.

¿Cuáles son para el atacante los medios de dominar esta crisis? Han de buscarse en aquel «sistema de apoyos». El atacante ha de aplicarlos pronto para conseguir avanzar, y ha de adoptar todas las medidas para salir victoriosamente de todas las crisis del combate. El equilibrio entre el deseo de avanzar enérgicamente, los métodos adecuados de ataque táctico, la gran dispersión de tropas en el frente, y las sorpresas que re-

serva el terreno, es el fundamento del éxito del moderno ataque. Los medios tácticos, además, son: abrazar el conjunto de la situación, superioridad de fuerzas si es posible, obrar con estrecha combinación las dos armas de fuego, resuelta aplicación de la ofensiva contra los flancos á la vez que se avanza vigorosamente en el frente, y acertado empleo de las fuerzas sobrantes.

Se buscará la resolución por la superioridad del fuego, estableciendo un amplio y fuerte anillo que envuelva á la vez el frente y los flancos. La táctica actual recomienda para el frente, los flancos y las reservas el fuego.

Una ruptura frontal no es hoy completamente imposible (1), pero queda reducida á casos excepcionales. Dada la enorme extensión del frente de batalla moderno, la ejecución del combate será floja, y acaso sea posible descubrir un punto donde aquella ruptura se pueda ejecutar. Pero el mando no debe jamás fundar sus resoluciones sobre esa posibilidad. En tal caso, tal punto ha de ser revelado por el mismo desarrollo de la lucha.

Los actuales frentes de fuego son balística y técnicamente tan fuertes en la defensiva, que un desembozado ataque frontal no debe ejecutarse sino como *ultima ratio*, y aun emprendido en una parte determinada del frente. El desenlace táctico debe hoy buscarse principalmente en los flancos ó en las alas.

Al comenzar el ataque, las tropas pueden quedar sorprendidas por lo violento del fuego, crisis táctica que el atacante debe evitar. Una crisis igualmente funesta puede ser provocada por el exagerado avance de la línea de tiradores al principio del ataque, avance que expone á los fuegos eficaces y copiosos del enemigo.

A veces, para prevenir un pánico en la línea más avanzada se adopta el partido de la inacción, pese á grandes pérdidas sufridas; otras, se deja de adoptar cualquiera determinación táctica. Los medios más eficaces, además del acertado empleo de la artillería, consisten en un habil reconocimiento y en una línea de tiradores cubierta por el terreno ó la distancia, la cual línea, delante de la artillería, ejecutará en realidad el fuego de frente. Estas medidas alejan aquel principio de crisis y permiten la más amplia libertad de acción.

Rios de sangre costó esta elemental lección táctica en las jornadas del 16 y 18 de Agosto de 1870. El cuadro de las crisis por que pasó el ataque en aquellos días, en particular el III cuerpo, la Guardia y la brigada Wedell, refleja con vivos colores la tremenda correlación que hay entre el ataque en su preparación y ejecución y la crisis de la batalla.

(1) En la Manchuria se registraron varias tentativas de los japoneses para romper el frente enemigo, pagadas todas con grandes pérdidas; una ruptura en dirección á Mukden acarreó la completa destrucción de una brigada de infantería japonesa.

Al alto mando toca prevenir el nacimiento de tal crisis, y, si ella se ha producido, dominarla valiéndose de energicas medidas.

(Concluirá).

VON VOGEL.

(Del *Militär Wochenblatt*.)

EDUCACIÓN DEL PATRIOTISMO (1)

«Hay también que amar á la patria— como dice M. Faguet— en su medio de defensa, en su ejército, porque el patriotismo no será el militarismo; va más lejos, va si quereis más alto; pero por de pronto va al militarismo, y este es el signo y la medida del patriotismo.»

Hoy los filántropos nos hablan de desarme, de fraternidad y paz universal. Esperad para esto á que el mundo termine sus días y en un nuevo paraíso surja á la voz creadora de Dios, un hombre sin pasiones, sin odios, que sea el padre de una humanidad que no sienta rencores, que no experimente en su ser convulsión alguna; aunque yo creo—señores—que esta sería una humanidad triste; y no odiando incapaz de amar, porque la luz no sería tan hermosa si no existiese su privación y con su privación la sombra.

La paz—la paz cantada en bellas estrofas por el genio de los poetas—no puede venir á la vida, al seno de la sociedad sino en brazos de la guerra; porque así como para que un niño sonría tiene que nacer primero y no hay nacimiento sin dolor y sin lágrimas, así también para que la paz nos ofrezca risueña sus dones es preciso que la Guerra la engendre con sangre y con llanto, y las Armas la sostengan y fortalezcan.

Si no se rotura la tierra no hay frutos, si no se derrama sangre divina en el Gólgota no hay redención para los humanos; si no perece bajo las aguas del Mar Rojo el ejército faraónico el pueblo de Moisés y Aarón no hubiera recobrado su independencia; si no lloramos en nuestra marcha por la vida no podemos saber cómo son las felicidades verdaderas.

Será ley terrible, pero es ley contra la cual no podemos resolvernós. «De la guerra brota la paz,» dice Unamuno.

Por eso el vago humanitarismo de los enemigos del ejército «acabaría por minar— como escribe Le-Bón—nuestro patriotismo y nos dejaría desarmados frente á adversarios que no se desarman jamás. Esperemos para escuchar á esos discurseadores á que no tengamos ya enemigos.»

Un pueblo antimilitarista es un pueblo que renuncia á sí mismo, un pueblo antipatriota que va escribiendo con sus errores las últimas páginas de su historia.

En España—es una verdad muy dolorosa, muy cruda, muy terrible,

(1) Véase la *Bibliografía*.

pero verdad al fin—no hay entre el pueblo que piensa y el ejército que ejecuta, entre el pueblo que plantea el problema y el ejército que lo resuelve, entre el pueblo que es el principio y el ejército que es el medio para lograr el fin que es el engrandecimiento y la prosperidad de la patria, entre el pueblo que ejerce su libertad, su derecho, su independencia, al amparo del ejército, no existe, no, esa relación íntima, entrañable, esa fusión, esa comunidad armoniosa de la parte con el todo, de la idea con la forma, del pensamiento con la palabra.

Y es que hay principios falsos, erróneos, absurdos, en los tiempos que corremos elevados á la categoría de principios fundamentales, es que lo mismo aquellos que predicán desde la tribuna del club con la voz de todos los fanatismos, que aquellos otros que se tachan á sí propios de correctos en las ideas y mesurados en la forma solo tratan de separar del ejército la simpatía y el respeto del pueblo. Las ideas modernas, novísimas, destructoras de suyo, tratan de encarnar en la realidad idealidades contrarias á los fundamentos de la sociedad, á los principios constitutivos de la sociedad, y llegan estas ideas á los cerebros faltos de ilustración conmoviéndoles, sugiriéndoles pensamientos mal sanos, cayendo en el error, en el absurdo, en el imposible. Y los apóstoles de la disolución al predicar la completa y absoluta paz entre los hombres—pues no debe verterse sangre entre hermanos—al hablar de fraternidad universal anatematizan al ejército por repugnar, según ellos, á este principio de amor los guerreros alardes; no comprendiendo—ilusos—que esta paz de los pueblos, esta tranquilidad de la familia dentro de su hogar, y esta seguridad del ciudadano dentro de su derecho, solo son debidas á la fuerza que protege, que cobija, que resguarda.

Hoy en nuestro país, por un error lamentable y ausencia de amor al ejército, se llega hasta el sacrificio con tal de no ir á las filas, con tal de no sujetarse á la disciplina militar. Muchos padres españoles mandan al ejército gustosos al hijo descarriado, perdido, calavera, y como si el cuartel fuera una escuela de corrección, y libran, si tienen posibles, de tal misión al hijo bueno, sensato, estudioso. No es para estos padres—reos del delito de lesa patria—sagrado el instituto militar, honroso su uniforme, altísima su misión, puesto que le regatean los hijos nobles y le ceden voluntariamente los hijos perversos.

Hay que inculcar en el ánimo de todos el amor al ejército y que sea para el pueblo el soldado lo que es en realidad: una figura noble y digna, con tanta nobleza y dignidad por su misión como los grandes magnates de la tierra por su sangre.

Creo yo que los pueblos se engrandecen á compás de su ejército, que crear ejército es crear una patria, que cuando concedamos á las armas todas las prerogativas es cuando habremos concedido al honor nacional todos los derechos. Suprimid el respeto al soldado y queda la anarquía;

quidad la consideración al ejército y podeis llamar cadáver al pueblo que cometa tal delito.

Hay que hacer que este pueblo envidie á sus soldados por ser los felices escogidos que tienen la dicha de servir á su país con la fuerza de sus brazos y el empuje de su voluntad—¡título glorioso!—y de aprender lo que hoy, por desgracia, no se enseña ni en el regazo de las madres, ni en el seno de las escuelas: A morir, bendiciendo la muerte, por España. De este modo el antimilitarismo—esa enfermedad de los pueblos débiles—no existirá y se amará al ejército, amando, por lo tanto, á la patria.

Sintamos el amor á España en lo hondo, y trabajemos por ella con fe, con entusiasmo, confiados y esperanzados en el porvenir.

Yo, por mi edad ó por mi inesperienza, tengo un optimismo que sonríe y espera; optimismo que me dice que España ha de resurgir, ha de volver á la vida del poderío, empujada, adelantada, por el amor de sus hijos.

Aquí dentro, en la tierra nuestra, sin buscar por ahí fuera soluciones al mal, tenemos el remedio, la medicina; hay que confiar en nuestro esfuerzo, «porque para trabajar, que es lo que interesa—escribe Ganivet—tenemos hoy por hoy en España más tierra, más aire y más luz que necesitamos.»

Nos encontramos ya en los días de la siembra; «y hay que sembrar—como dice Call—sin temor á que los gorriones se coman la cosecha»; «Caldeemos la tierra—repito con Silió—labremos sin cesar, ayudemos sin tasa, con entusiasmo generoso, á quienes depositen en la tierra la semilla.»

Trabajemos, sí, no solo por deber, por esa fórmula fría que no ha «abierto á nadie—como dice Bueno—individuo ó pueblo las puertas de la gloria», pauta de las acciones vulgares que no ha hecho héroes ni santos, sino por amor que es el que nos invita á destacarnos, á sobresalir, ... por el amor que es vida y es fuerza.

Seamos como Jacob que habiéndose enamorado de Raquel, hija de Labán—cuando vivió desterrado en casa de este—dijo al padre de su amada: «te serviré siete años por Raquel.» Y la Escritura dice, «así Jacob sirvió siete años por Raquel y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor.»

Así—señores—nosotros, por amor á España, que padece sed y hambre de amar, educándonos, perfeccionándonos, no siete años, la vida entera, todos los días, en todos los momentos, hasta que nuestra alma vuele á lo alto y reciba piadosa la tierra nuestro cuerpo, legaremos á nuestros hijos—con un nombre honrado—las santas enseñanzas, y las sanas cos-

tumbres que han de hacerles fuertes contra la adversidad y útiles á la patria, llevándola por caminos de regeneración á la cima del poder y de la grandeza.

EMILIO R. TARDUCHY

Capitán de Infantería

¿BATERÍAS MIXTAS?

En la *Rivista di Artiglieria e Genio* se ha publicado un resumen de los artículos que el general Langlois ha dedicado á estudiar la artillería francesa, comparándola con la alemana, suponiendo terminada la nueva organización de esta arma en la República vecina, por la que se eleva á 70 el número de regimientos, aunque no aumenta proporcionalmente el total de baterías.

Según el general Langlois, el material de campaña alemán supera al francés en la movilidad y en la protección de los sirvientes, pero le es inferior en el concepto balístico. Además, á su juicio, el personal francés es muy superior al alemán, y esta superioridad se pondrá más de manifiesto cuanta mayor habilidad requiera el servicio de la pieza. La superioridad del número corresponde á Alemania pero no la de la calidad.

Pero como el aumento del número de regimientos impone el de algunos centenares de oficiales, y éstos no se pueden improvisar, el general Langlois propone el retorno á la batería de seis piezas. Muchas razones militan en favor de las pequeñas baterías, desde la adopción del cañón de tiro rápido, y la convicción de su superioridad, preconizada primero en Francia, se ha abierto camino en otros países. Pero el ideal del ilustre artillero no es la batería de 6 piezas de 75 milímetros, sino la de cuatro de tales cañones y de dos *pom-poms*.

A su juicio estas baterías mixtas, sin alterar las costumbres y el mando de los capitanes, aumentarán mucho la eficacia de la artillería de campaña, que hoy es ineficaz contra infantería que marcha en pequeñas columnas, contra tropas cubiertas en trincheras, contra tiradores protegidos por faginas, sacos terreros ó sus mochilas, y contra los escudos de la artillería adversaria. Si queremos—dice el general Langlois—ahorrar bajas á nuestra infantería, debemos librarla de la artillería enemiga. El cañón de 75 no es suficiente. Todas las guerras del Imperio se hicieron con baterías de 4 cañones y dos obuses, y la experiencia fué tan concluyente, que se conservó esta organización hasta 1827. El autor reconoce que los *pom-poms* tienen más adversarios que partidarios, por lo que no se forja grandes ilusiones sobre su propuesta. Pero confía en que

la artillería evolucionará en este sentido, y en que surgirá á su frente un hombre que sabrá acometer la necesaria reforma.

La idea del general Langlois, si se medita, no parece tan desacertada como parece á primera vista. Después de la campaña en favor del calibre único, con lo cual parece que todos estuvieron de acuerdo, vino la práctica á cambiar radicalmente la teoría. El cañón se reputó insuficiente, y surgió primero la artillería pesada de campaña, la cual á su vez ha sufrido ya dos ó tres clasificaciones y dado lugar á otros tantos calibres diferentes. De modo que en realidad la propuesta del general Langlois afecta á la forma más que al fondo. ¿Conviene que esos calibres estén en unidades separadas, ninguna de las cuales pueda cumplir el verdadero papel de la artillería en campaña, ó es preferible la batería mixta, menos homogénea, menos manejable, pero más completa y eficaz? La cuestión exige un estudio minucioso, ensayos detenidos, mucha reflexión, y no puede resolverse de plano, ni dejándose llevar por meras impresiones.



BIBLIOGRAFÍA

Educación del patriotismo, conferencia leída en la Academia de Ciencias de Burgos por su autor, D. Emilio R. Tarduchy, capitán del Regimiento Infantería de San Marcial. Burgos, 1908.—48 páginas (20×14).

Conferencia brillantísima, que merece ser divulgada y conocida, y de la que copiamos en otro lugar los últimos párrafos.

El autor revela, aparte de felices disposiciones literarias, muy buen sentido y una sólida base de conocimientos, que le han de permitir, sin duda, cultivar con provecho la literatura profesional. Reciba nuestro aplauso, en tanto nos depara motivos para felicitarle de nuevo, como esperamos.

